





El rapto de Britney Spears

A*





Jean Rolin
El rapto de Britney Spears

Traducción de Luisa Feliu



Libros del Asteroide 

Primera edición, 2012

Título original: *Le ravissement de Britney Spears*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© P.O.L., 2011

© Jean Rolin, 2011

© de la traducción, Luisa Feliu, 2012

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Chad Ehlers / Getty Images

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-07-0

Depósito legal: B. 23.726-2012

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra se benefició de los Programas de ayuda para la publicación del Institut français.

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

El domingo 15 de agosto de 2010, leía en la pantalla de mi ordenador, tras haber esperado largo rato la conexión de que dispongo de forma intermitente en la oficina de Shotemur, el domingo 15 de agosto de 2010, día de la Asunción de María, la actriz Zsa Zsa Gabor, de 93 años de edad, ha recibido los últimos sacramentos en su habitación de un hospital de Los Ángeles. El artículo no especifica el nombre del hospital: no obstante, habida cuenta de la personalidad de Zsa Zsa Gabor, probablemente se trate del Cedar's Sinai. Ese establecimiento, le expliqué a Shotemur (con esa tendencia a la exageración que aquí me caracteriza), cuyo personal me esforcé por corromper, unos meses atrás, con el fin de obtener información sobre la salud mental de Britney Spears y, más concretamente, sobre el diagnóstico establecido por el servicio de neuropsiquiatría del hospital cuando ingresaron a la cantante unos días, en enero de 2008, para una «evaluación». El mismo día —el de la Asunción de María—, la agencia X 17 *online* publica fotos ligeras de ropa, algunas de ellas muy agradables de ver, de la actriz Lindsay Lohan. La cual, tras varias semanas de deten-

ción en la cárcel de Lynwood, acaba de ser a su vez ingresada para una cura de desintoxicación en un centro sanitario de la UCLA (University of California Los Angeles). En el caso de Britney Spears, la agencia X 17 cuelga imágenes de la cantante y de su compañero habitual, Jason Travick, a la salida de un concierto de Lady Gaga. Las imágenes se tomaron de noche en un aparcamiento del Staples Center, en Los Ángeles, en el que se daba el concierto. De la propia Britney, solo se distingue en el asiento trasero del coche —un Cadillac Escalade, de color crema, utilizado últimamente por la cantante de forma preferente con respecto a los demás vehículos de su parque móvil— una masa informe de pelo rubio, mientras que Jason, él perfectamente reconocible, parece que trata de apartarla de la curiosidad de los *paparazzi* tendiéndose encima de ella. Inevitablemente, uno se ve obligado a preguntarse por qué Britney, que de costumbre se presta a ese juego de buena gana, estaba esa noche tan deseosa de pasar desapercibida: quizá por capricho, o porque pretendía disimular el interés, acaso matizado de celos, que le merecen las hazañas de su rival. (A la semana siguiente se supo que Lady Gaga, al movilizar a más de 5.700.000 seguidores en Twitter, había batido, si no pulverizado, el récord que hasta entonces ostentaba Britney Spears.) En el asiento delantero del coche, al lado del conductor, se reconoce al guardaespaldas calvo, con cara de saurio, al que los *paparazzi* detestan y que con escaso éxito, por lo que puede apreciarse, dirige hacia el autor de las fotografías el foco de una linterna, quizá con la esperanza de que esa fuente luminosa le impida actuar o vuelva las imágenes inutilizables. En cuanto a Zsa Zsa Gabor, ese día

en que recibe los últimos sacramentos, el artículo colgado en la red recuerda que actuó en *Moulin Rouge*, de John Huston, en 1952, y seis años después en *Sed de mal*, de Orson Welles. Al respecto, le cuento a Shotemur, que no me cree, que durante la mayor parte de mi vida mientras apenas progresaba en el escalafón de servicios, hice todo lo posible por parecerme al policía brutal y corrupto que en *Sed de mal* encarna magistralmente Orson Welles, y que fracasé en el intento, no menos que en otros muchos, tanto porque mi complejión, más bien enclenque, no evocaba en absoluto la del actor, como porque moralmente, a pesar de mi innegable propensión al vicio, no conseguía igualar la ferocidad y la abyección de su personaje. Inclinado a su vez sobre la pantalla de mi ordenador (se había acercado hacía un rato para escudriñar las imágenes de Lindsay, atraído como una lamprea por el lustre venenoso de su piel blanca salpicada de pecas), Shotemur permanece quieto y mudo mientras hace crujir los nudillos de sus largos dedos, nudosos como raíces, que sospecho utiliza con frecuencia, de una forma u otra, para obtener confesiones de sus clientes, aunque en realidad casi siempre le haya visto ocioso, perdido en sus cavilaciones, si es que cavila, observando con una fijeza asombrosa tal o cual punto de ese mapa del Alto Badajshán que ocupa un lienzo entero de pared en su despacho. En Murghab, Shotemur es el responsable del Kizmat-i-Amniyat-i-Mili, el servicio de seguridad que aquí todo el mundo persiste en llamar por su antiguo nombre de KGB. Nos conocimos cuando nuestros propios servicios, a comienzos del verano de 2010 y de regreso de mi misión en Los Ángeles, me exiliaron a Murghab con el fútil pretexto,

poco susceptible de disimular el carácter punitivo de ese destino, de registrar las matrículas de todos los vehículos que cruzaran en un sentido u otro la frontera con China. En ocasiones, llego a preguntarme si Shotemur, quizá sin saberlo, no estará llamado a convertirse en el instrumento de mi caída o, quién sabe, de mi resurrección. Entretanto, en Murghab, mis días transcurren en una sucesión un tanto apagada pero apacible. Una vez informado de que debo registrar las matrículas, al escalafón superior, en adelante tan remoto, mis ocupaciones diarias le importarán un bledo.

—Si se aburre —me sugirió el coronel Otchakov la víspera de mi partida—, ¡siempre le quedará el recurso de salir a cazar leopardos de las nieves! —Y, ante el éxito de la broma entre las pocas personas que asistían a la conversación (algunas de las cuales eran ajenas al servicio, una circunstancia completamente extraordinaria en ese contexto), no pudo evitar añadir—: Debería irle como un guante, eso de cazar leopardos de las nieves. ¿O me equivoco?

Anochece, el silencio y la oscuridad se apoderan del despacho de Shotemur. Algunos reflejos permanecen aquí y allá, en el revestimiento plastificado del mapa del Alto Badajshán; la luz azulada que emana de la pantalla de mi ordenador vacila y se apaga. Si no dispusiéramos del teléfono, ahora mismo estaríamos aislados del mundo y, personalmente, no tendría nada que objetar. Afuera, como suponemos, a pesar de no verlo, los últimos rayos de sol, mucho después de que este se haya retirado de Murghab, deben de iluminar las cimas gemelas y nevadas del Muztag Ata, el monte que domina la frontera por la parte china. Desde la altura y a la distancia que las observamos, cuando tenemos ocasión, esas cimas gemelas, una de las cuales culmina a 7.546 metros, son poco espectaculares, o menos de lo previsto: tienen un algo herciniano, si se entiende a qué me refiero. Para satisfacer la curiosidad de Shotemur, más exacerbada a medida que progresan las tinieblas, debo proceder una vez más a relatarle las circunstancias de mi primer encuentro con Britney Spears (ruego a quienes ya hayan oído el relato que tengan a bien disculparme). Fue en

Los Ángeles, el 10 de mayo de 2010, en Robertson Avenue, cerca de la intersección de dicha arteria con Santa Monica Boulevard. Fuck, al que se podría presentar como el jefe supremo de todos los *paparazzi* de Los Ángeles, o como el más poderoso de todos ellos, me llamó a última hora de la mañana, con su voz arrastrada y velada, casi inaudible, que evoca la de Robert de Niro en un episodio de *El Padrino*, para indicarme que Britney estaba de compras por Robertson. Quizá en Lisa Kline, donde, tres años atrás, según la revista *In Touch* del 5 de noviembre de 2007, parece que en un santiamén se gastó unos 23.000 dólares en trapos. O en A|X Armani, que en sus respuestas a un cuestionario reciente nombra, junto con Bébé, Rampage, Fred Segal o Abercrombie & Fitch, como una de sus marcas preferidas. O quizá en Ralph Lauren, Dolce & Gabbana o Chanel, cuyos rótulos se suceden a lo largo de Robertson Avenue, con especial abundancia en la parte alta. Por mi parte, en el momento en que Fuck me llama, me encuentro en el Holloway Motel, habitación 223, terminando la lectura del *Los Angeles Times*, a la que procedo minuciosamente, cada mañana, tras separar el núcleo del periódico de sus distintos suplementos. Esa operación acostumbra a sobrevenir inmediatamente después del cepillado de dientes, consecutivo a su vez a la absorción del desayuno en el IHOP. Me gustaría hablarles del IHOP, de la camarera mexicana con quien más trato, y de quien no es posible sospechar, por cuanto la concierne, que no ejerza ese oficio más que entre dos sesiones de *casting*. Pero otra vez será. Al teléfono, Fuck insiste en que Britney va a tardar un buen rato en hacer sus compras. «Lo que le da tiempo —prosigue— para llegar

hasta ahí en autobús, o incluso a pie, ya que no se desplaza usted de otro modo.» Es absolutamente cierto, en efecto, que no sé conducir: incluso es una de las circunstancias, entre otras muchas, que me han llevado a dudar de las verdaderas intenciones de los servicios, que para llevar a cabo semejante misión, ya de por sí bastante oscura en cuanto a sus objetivos, y nebulosa en cuanto a los medios para alcanzarlos, hayan decidido enviar a Los Ángeles a un agente a todas luces ignorante en materia de conducción.

The Abbey, en la esquina de Robertson y Santa Monica, es un restaurante gay (y lesbiano, en menor medida), como atestigua con crudeza la pancarta desplegada en la fachada del bar, que representa a un tipo medio desnudo tendido sobre la barra. Es también, en ese barrio, una de las paradas preferidas de Britney Spears. Los turistas, esos a los que pasean por Hollywood y Beverly Hills en minibuses de techo panorámico, como en Kenia para ver leones, creen que, en Robertson, es en la terraza de The Ivy donde más probabilidades tienen de divisar alguna estrella, pero eso es cada vez menos cierto. Que yo sepa, The Ivy se ha convertido, o tiende a convertirse, en un restaurante de viejas glorias y propagadores de chismes. En última instancia, la terraza del Newsroom, situada justo en frente, resultaría más fructuosa. En cuanto a The Abbey —donde, personalmente, no me convencía demasiado pasarme las horas de plantón, si a mis jefes les daba el capricho de exigirme tal cosa, entre las estatuas de querubines de estuco y expuesto a las burlas de los camareros—, se trata de un establecimiento frecuentado, en efecto, por algunas estrellas, en particular aquellas que, como Brit-

ney, y como la mayoría, cultivan su popularidad entre el público gay. El 10 de mayo, a última hora de la mañana, cuando, tras haber subido en el 704 y haberme apeado en el cruce de Santa Monica con San Vicente, me adentré por Robertson, una pequeña multitud se apiñaba ante la entrada de The Abbey, una multitud en cuyo seno los sujetos más enclenques se contorsionaban, o se ponían de puntillas, intentando vislumbrar algo del espectáculo que los más robustos les impedían ver. A veces, súbitamente, aquella afluencia se agitaba en confusos movimientos, como corrientes de convección, que redistribuían en un orden diferente los individuos que la formaban, y luego todo se calmaba. Reconocí entre la multitud a algunos de los *paparazzi* con los que ya me había encontrado en circunstancias comparables, la mayoría de ellos brasileños, aunque también norteamericanos o franceses, siendo estos últimos numerosos en el oficio. Ninguno me saludó, porque suelen fingir, sobre el terreno, esa arrogancia característica de los profesionales que ejercen su actividad en la calle, en contacto con el público, y que también puede observarse en los policías o los técnicos de los rodajes. El primero al que le pregunté qué estaban esperando omitió contestarme. El único dispuesto a satisfacer la curiosidad del público, e incluso ir más allá, arrimando a las narices de la gente la pantalla de su cámara y dando saltitos ora sobre un pie, ora sobre el otro, repitiendo incansable: «No underwear! No underwear!», con un regocijo que nada hubiese podido alterar, ni siquiera la noticia del óbito repentino de su madre, era el tipo gordo y bajito que, cuando la cantante se apeó del coche antes de entrar en tromba en el restaurante, tuvo la

suerte de sacarle al vuelo la única foto susceptible de ser adquirida de inmediato por cantidad de revistas, porque constituía la prueba incontestable de que aquel día, como otros muchos, Britney, por distracción o por vicio, o solo para que se hablase de ella durante una temporada en que por estar portándose bien había dejado de ser comidilla para las crónicas, Britney había salido de su casa sin bragas. «No underwear!» Y brincaba por todas partes, como fuera de sí, con la expresión de un crío que acaba de sorprender a sus padres en plena cópula, buscando la aprobación de las personas que pasaban por allí y que, invitadas a su vez a inclinarse hacia el aparato, algunas incluso teniendo que ponerse las gafas para mirar tan de cerca, se esforzaban durante el corto lapso de tiempo de que disponían por distinguir entre las piernas de Britney, abiertas por el movimiento que debía hacer para salvar el considerable desnivel entre la acera y el suelo del coche, la prueba manifiesta —y, no obstante, cuasi subliminal— de la ausencia de bragas. Pasó media hora, durante la cual algunos de los mirones renunciaron, sustituidos de inmediato por otros que se aglutinaban confiados, ignorantes por completo de lo que había por ver, pero presintiendo que debía de ser por una pieza de caza mayor por lo que tanta gente se había reunido en la acera. En los ratos de incertidumbre, de relajamiento de la atención, algunos *paparazzi* abandonaban brevemente sus puestos para dedicarse a distintas ocupaciones como, en el caso de uno de ellos que nunca se separaba de su perro, un *bulldog* inglés, llevarlo a mear y, en el caso de otros, los que más, comprobar si a sus coches, mal aparcados, no se los habría llevado la grúa. Por fin, cuando Britney, acompañada

por un guardaespaldas, Ryan, que pasaba por ser su preferido, salió del restaurante —con tanta precipitación que olvidó pagar la cuenta, como llegó a saberse posteriormente, al propio tiempo que la feliz noticia del pago de esa pequeña deuda por teléfono y mediante tarjeta de crédito—, una especie de melé de rugby se formó a su alrededor para acompañarla hasta su coche, que entretanto había acercado el chófer (pero en el último instante, para no alertar); una melé de tal calibre que, en un momento dado, tropezó y casi perdió el equilibrio, arrancándole a su guardaespaldas (Ryan) esta exclamación irreflexiva y turbadora: «Don't worry, baby!», consignada al instante por los *paparazzi* más cercanos y que en las horas siguientes daría lugar a comentarios tanto más precisos por parte de las agencias especializadas, cuanto que, antes, según el testimonio del personal de The Abbey, había insistido en almorzar con ese guardaespaldas a solas en un gabinete vedado a la curiosidad de la clientela por un cortinaje, y se había reído mucho y había comido con apetito —las agencias informaban escrupulosamente de los detalles del menú—, y todo ello, cabe recordarlo, sin bragas.